

cunstancia fué considerada como motivo de seguridad (1).

Cuando el emperador se retiró á sus habitaciones, encontró los despachos que llegaban de todos lados á la vez y que con monotonía desesperante pedían lo mismo, á saber, hombres, caballos y material. Los desencantos de los últimos días despertaban en las filas del ejército un principio de desconfianza que, en caso de tomar incremento, había de ser fatal para el buen espíritu y para la disciplina. Si hemos de dar crédito al mariscal Bazaine, Napoleón á su llegada pudo ver sobre su mesa de despacho una treintena de cartas anónimas que denunciaban la incapacidad de los generales y solicitaban la substitución de los mismos.

A la mañana siguiente las tropas se enteraron por medio de la orden del día del manifiesto con que el emperador inauguraba su mando; el estilo de aquel documento era pomposo, pero las ideas en él contenidas eran melancólicas: «Vais á combatir, decía el emperador, contra uno de los mejores ejércitos de Europa;» y añadía que la lucha sería larga y penosa y tendría por teatro lugares erizados de obstáculos y de fortalezas. El recuerdo de los triunfos de África, de Crimea, de Italia y de México apenas derramaba un poco de luz sobre aquellas sombrías perspectivas. Napoleón citaba los gloriosos recuerdos que dejaron sus antepasados, ponía por testigo al universo que tenía los ojos fijos en Francia, y terminaba, como de costumbre, invocando al Dios de los ejércitos.

Mientras los soldados, medianamente confortados, comentaban el documento imperial, el emperador, dando comienzo á su inspección, se dirigía á Saint-Avold, en donde encontró al general Frossard y también al mariscal Bazaine, comandantes del 2.º y del 3.º cuerpo respectivamente. De la conferencia allí celebrada resultó la resolución prudente de aproximar unos á otros los cuerpos demasiado diseminados en la frontera de Lorena y de escalonarlos á lo largo de la línea de Metz á Sarrebruck. La ejecución de este acuerdo debía comenzar el día 31 por la mañana: el 4.º cuerpo pasaría de Thionville á Boulay; el 3.º, que estaba en Boulay, avanzaría hacia Saint-Avold; y el 2.º, que se encontraba en este último punto, se distribuiría por los alrededores de Forbach. Este comienzo de concentración ¿sería el preludio de una vigorosa ofensiva? Respecto de esto los propósitos vacilaron, y el emperador, que de pronto pensó en un golpe de mano contra Sarrelouis, luego se inclinó á un movimiento hacia Sarrebruck.

Napoleón regresó á Metz: inexperto en la guerra, tubeaba entre los varios consejos que le daban; pero, aun aparte de esto, las noticias que recibía y el espectáculo que se ofrecía á sus ojos habrían turbado un espíritu menos irresoluto que el suyo.

Los reservistas iban compareciendo, bien que lentamente, de modo que todavía no alcanzaban á la mitad de los que debían ser, y muchos de ellos llegaban fatigados del largo viaje que les habían obligado á hacer desde su domicilio á su depósito y desde éste á su regimiento, y más estaban necesitados de descanso que dispuestos á combatir. Unas veces la penuria de los almacenes, otras la prisa por poner en movimiento los

(1) Jarrás, *Souvenirs*, pág. 58.

destacamentos, habían sido causa de que aquellos soldados partieran antes de estar completamente equipados, lo cual originaba retrasos y empréstitos que habían de disminuir los recursos de la plaza de Metz. La modificación del armamento era causa de otra dificultad, pues los soldados, licenciados desde hacía mucho tiempo, ignoraban en su mayoría el manejo del fusil Chassepot, de manera que al volver á sus cuerpos después de una larga ausencia no eran otra cosa que verdaderos quintos.

Las insuficiencias numéricas durante largo tiempo disimuladas ó negadas comenzaban á mostrarse con la claridad de la evidencia, y probaban que el ejército del Rhin, aun contando con todos los reservistas, no llegaría nunca á 300.000 mil hombres, incluso los no combatientes. Esto hizo que surgiera el proyecto de aumentar las filas del ejército activo incorporando á él la guardia móvil; pero el emperador contestó lacónicamente al general Jarrás que se había atrevido á aconsejar este expediente: «Esto es contrario á la ley.»

A fuerza de órdenes apremiantes y repetidas llegaba el material, pero con harta frecuencia por fracciones distintas. En las dependencias de la estación de Metz amontonábanse cajas y fardos y entre aquel desorden y en medio de una gran excitación general discutían los intendentes, los oficiales de administración, los jefes de tren y los agentes de la compañía. Las costumbres de centralización y el temor de la responsabilidad contribuían á complicar la situación; y por falta de instrucciones concretas los vagones sin descargar se iban acumulando en los apartaderos, no estando lejano el día en que, en parte por incuria y en parte por aturdimiento, se dejaría de utilizar hasta los recursos de que se disponía.

Los generales y los jefes de servicio que por sus funciones habían de ir á Metz se asombraban de aquel desorden y en toda la ciudad observaban una agitación febril que nada de común tenía con la actividad. Y su sorpresa se trocaba en estupefacción cuando penetraban en el Hotel de Europa en donde estaba instalado el gran cuartel general: allí afuían los proyectos y los contraproyectos, y de allí partían incesantemente órdenes y contraórdenes; los oficiales de estado mayor se esforzaban en vano en traducir las sucesivas voluntades del mando supremo; y la ambigüedad de los telegramas que se cruzaban aumentaba la confusión de las ideas, haciendo que lo obscuro no tardara en hacerse incomprendible. El exceso de la perturbación engendraba recriminaciones que acababan de complicarlo todo; y cuando las dificultades se hacían inextricables, los generales y los jefes de cuerpo, desesperanzados de poder concretar lo que no acertaban á comprender, decían á sus subordinados: *arrégdense ustedes*, frase que se repetía en los distintos grados jerárquicos, lo cual era la manera de que las cosas se embrollasen más y más. Los sitios que una severa consigna hubiera debido guardar de miradas indiscretas, estaban abiertos á todas hoñas y para cualquiera: extranjeros, turistas, empleados, esposas de militares entraban libremente en el patio del hotel y subían sus escaleras, y entre estas idas y venidas aparecían los corresponsales procedentes de todos los países del mundo. Un día el corresponsal del *Standard* se jactó de conocer todo lo que pasaba en el cuartel

general, y aunque se le detuvo, esta medida resultó tardía, pues al día siguiente aquel diario publicaba la composición exacta del ejército, la indicación de los regimientos, los nombres de los generales y la situación de todos los cuerpos en la frontera (1). El Hotel de Europa y el de Metz, que estaba enfrente, en donde se alojaban muchos oficiales generales ó superiores, albergaba huéspedes más peligrosos aún que los periodistas: en efecto, unas veces bajo la apariencia de turistas, otras bajo la librea de criados, pululaban en torno nuestro los espías de Prusia. Este espionaje estaba favorecido por nuestra indiferencia y por la facilidad de cruzar la frontera; y el acento tudesco, que en cualquier otra parte habría llamado la atención, no despertaba sospechas en un país en donde era de uso común la lengua alemana. De este modo se comunicaba día por día y fielmente al enemigo todo lo que nuestra confiada inexperiencia no se tomaba el trabajo de ocultar.

Cuando en aquellos días la misma proximidad del peligro hizo abrir tardíamente los ojos, pudieron observarse intenciones muy laudables para poner nuevamente en vigor los reglamentos que habían caído en desuso, y del gabinete del emperador salió una verdadera nota enciclopédica llena de juiciosas disposiciones. El mariscal Leboeuf, en una especie de circular dirigida á todos los comandantes de cuerpo, les exhortó á que hicieran maniobrar á su caballería, á que practicasen reconocimientos y á que exigieran una relación de lo que en estos reconocimientos se viera, recomendaciones muy prudentes, pero tan sencillas que parecían de sentido común y, por consiguiente, que no era necesario recordarlas. «Ejercitad á vuestras tropas á guardarse, añadía Leboeuf, porque antes de poco se encontrarán delante de un enemigo que, desde hace mucho tiempo, se ha dedicado á practicar en época de paz el servicio de seguridad en los campos, vivaques y acantonamientos.» Y como si tuvieran largo tiempo por delante, el jefe del estado mayor general agregaba: «Que en todos los cuerpos se den explicaciones teóricas sobre esto y, en lo posible, que se hagan ejercicios.» Distribuyéronse algunos folletos, unos para demostrar las ventajas del fusil francés sobre el alemán, y otros para reunir las principales reglas de la táctica. Esta prisa por recuperar el tiempo perdido se parecía al trabajo desesperado de ciertos estudiantes en vísperas de exámenes; pero el esfuerzo intensivo que raras veces logra salir vencedor en éstos, raras veces también determina el triunfo en las batallas.

Aquel estado de preparación incompleta difícilmente había de permitir las grandes operaciones activas: «Empiezo á temer, escribía el mariscal Leboeuf al general Dejeán, que no tendremos ni las ventajas ni los honores de la ofensiva.» En el entretanto, en París el público esperaba el parte de una victoria; y la Europa, á quien hacía poco sorprendiera nuestra precipitación, comenzaba á extrañar nuestra inercia. Aunque muy imperfectamente equipado y numéricamente débil, nuestro ejército, con sus cuadros sólidos y sus veteranos aguerridos, ofrecía un aspecto soberbio. Los oficiales instruídos que conocían á fondo los nuevos métodos

(1) Véase coronel Fay, *Journal d'un officier de l'armée du Rhin*, pág. 41.

de guerra, y los generales que buscaban en vano un pensamiento director, sentíanse devorados por la ansiedad; y la masa, á quien el recuerdo del pasado y el sentimiento de su valor infundían doble confianza, no dudaba de que la fortuna sería favorable á las armas francesas. El emperador, imposibilitado de tomar una ofensiva seria, quiso hacerse la ilusión de que la tomaba y comunicar esta ilusión á Francia; y si no se penetraba muy adentro del territorio enemigo, por lo menos le cabría al ejército la satisfacción de haber llegado hasta él. En la conferencia celebrada en Saint-Avold en 29 de julio, el emperador había discutido el proyecto de un ataque contra Sarrebruck; la ejecución de este plan había de ser el primer acto de la campaña.

VI

Sarrebruck es una pequeña ciudad abierta, asentada sobre ambas orillas del Sarre que la divide en dos partes: en la orilla izquierda está la ciudad propiamente dicha; en la derecha, los edificios de la estación ferroviaria y el arrabal de San Juan. Al Sur y en la dirección de la frontera, que dista apenas una legua, alzabanse varias colinas, en una de las cuales había el *Exercier-platz* ó *campo de maniobras*. La ciudad de Sarrebruck, poco importante por sí misma, lo era por las carreteras que en ella confluían, por su posición sobre el Sarre y principalmente por su ferrocarril, ya que estaba situada en la intersección de dos vías férreas, la línea de Sarrelouis y la gran línea que, procedente de Neunkirchen, había de lanzar sobre la frontera á la mayor parte de las tropas que venían del Rhin.

Apoderarse de aquel punto era cosa que valía la pena, pero con tal que se terminase la empresa, es decir, que se destruyeran la vía férrea, la estación y el telégrafo, que se guardaran fuertemente los puentes ó se les hiciera volar, y que las tropas se extendieran en un radio bastante vasto para reconocer las fuerzas ó los propósitos del adversario. El resultado de ello, muy apreciable aunque no decisivo, sería introducir cierta perturbación en la marcha de los ejércitos alemanes é interceptar uno de los principales puntos de paso por donde el enemigo podría entrar en territorio francés.

La operación, discutida el 29, volvió á serlo el 31 en un consejo celebrado en Forbach: Bazaine la desaprobó fundándose en que nuestra organización era demasiado incompleta para que pudiéramos acometerla con el vigor necesario; Leboeuf reconoció la utilidad de la misma, pero pidió que nos aprovechásemos de la victoria, es decir, que nos atreviésemos á pasar el Sarre y á destruir el ferrocarril, atrevimiento que, con ser tan modesto, aun fué considerado como audaz en demasía. Entre ambas opiniones extremas prevaleció una opinión media, que consistía en llevar á cabo la empresa, pero limitándola á la orilla izquierda del Sarre, lo cual equivalía á esterilizar anticipadamente el triunfo. Fuese cual fuere el éxito, el único resultado había de ser, pues, el parte que se enviaría á París.

La pequeña guarnición de Sarrebruck se componía de un batallón de infantería, de dos ó tres escuadrones y de una poca artillería; más atrás estaban acantonados otros tres batallones con algunos destacamentos de húsares y de hulanos. Estas escasas tropas, cuya situación

en la extrema linde alemana era muy expuesta, tenían orden de replegarse si se veían atacadas por fuerzas muy superiores. A todo esto no sabíamos sino muy imperfectamente lo que pasaba al otro lado de la frontera: dando fe á ciertos informes, estábamos persuadidos de que se acercaban fuertes columnas prusianas, unas procedentes de Tréveris y otras de Neunkirchen, cosa que había de ser verdad tres días después, pero que entonces no lo era. En esta incertidumbre y á fin de evitar cualquiera sorpresa, ordenóse un gran despliegue de fuerzas: el 2.º cuerpo, encargado de la tarea principal, ocuparía las alturas situadas al Sur de la ciudad y en particular el campo de maniobras, llegaría hasta Sarrebruck, pero sin pasar el río, apoyado en su derecha por el 5.º cuerpo y en su izquierda por el 3.º. También el 4.º cuerpo, situado en la extrema izquierda, había de cooperar al fin común por medio de una marcha sobre Margarten y Merten. La acción se fijó para el 2 de agosto, y el mando supremo de la misma fué confiado á Bazaine, el cual, sin embargo, dejó en completa libertad á Frossard, sea porque quisiera desentenderse de una operación que él había desaprobado, sea que con ello creyera conformarse con los deseos del emperador que quería hacer prosperar á su edecán.

El aparato fué el de una verdadera batalla, mas la realidad se redujo á una sencilla escaramuza. El día 2 de agosto, á las nueve de la mañana, las tropas abandonaron su campamento, y á las diez comenzó el movimiento ofensivo. En el 2.º cuerpo, el papel principal estaba reservado á la división Bataille, una de cuyas brigadas, la de Pouget, se encaminó hacia el *Exercier-platz*, mientras la otra, la de Bastoul, después de haber enviado un destacamento hacia la aldea de Saint-Arnual, dirigió el grueso de sus fuerzas hacia las colinas de *Winterberg, Reppertsberg y Nussberg* que se alzaban al Sudeste de Sarrebruck. Otras dos brigadas, que se sacaron de la división Vergé la una y la otra de la división Laveaucoupet, formaban la reserva.

Los prusianos, en cuanto vieron que se iniciaba la ofensiva francesa, situaron fuerzas de infantería y de artillería en el *campo de maniobras* y ordenaron á los batallones acantonados en la orilla derecha del Sarre que se acercaran al arrabal de San Juan. Durante una hora hubo un tiroteo entre ambos ejércitos; pero los franceses ocuparon Saint-Arnual y la brigada Bastoul, cumpliendo su cometido, comenzaba ya á coronar las colinas que avanzaban sobre el *Exercier-platz*. Las tropas enemigas, comprendiendo que iban á ser atacadas por ambos lados, juzgaron inútil prolongar una resistencia ya imposible, y bajo la protección de una batería ligera, se retiraron hacia el Norte por los dos puentes de Sarrebruck. Nuestra artillería les persiguió con sus fuegos y nuestros proyectiles estallaron á lo largo del viaducto del ferrocarril y en los edificios de la estación, lo que dió á los prusianos un pretexto para acusarnos de haber disparado contra la ciudad y para justificar de este modo anticipadamente sus propios bombardeos.

La orden que se había dado era de que no se completase el triunfo, y fué cumplida al pie de la letra, pues ni se cortaron los puentes, ni se destruyó el ferrocarril, ni se inutilizó el telégrafo, ni nuestros soldados molestaron en lo más mínimo al enemigo en su retirada.

Nuestras tropas, sin ocupar la ciudad, acamparon en las alturas que la dominan por la parte Sur. Los prusianos habían tenido 83 hombres fuera de combate; nuestras bajas habían sido 85 muertos ó heridos en los regimientos del 2.º cuerpo, y dado lo estéril del resultado, el sacrificio era excesivo. El 3.º cuerpo, que había apoyado al 2.º, no había perdido ni un solo hombre, y el solo recuerdo que guardaba de la jornada era una larga marcha impuesta á los soldados inútilmente; en cuanto al 5.º cuerpo, había tenido una sola baja, un rezagado que había caído en poder de los hulanos.

Se necesitaba una victoria, y aquel pequeño encuentro alcanzó las proporciones de tal bajo la pluma de los historiadores oficiales. Uno de los secretarios del emperador envió inmediatamente al ministerio del Interior un relato ostentoso; á este parte, excesivamente encomiástico, se añadieron todas las exageraciones de los cortesanos, y no parecía sino que el ejército francés había resueltamente sentado su planta en territorio alemán. Refiriéronse con toda suerte de jactancias los terribles efectos de las ametralladoras; díjose que el príncipe imperial había asistido al lado del emperador á una parte del combate, dando pruebas de una serenidad digna de su nombre, y la adulación, apoderándose de aquel episodio, lo amplió hasta el punto de hacer caer sobre el generoso y valiente niño un ridículo que menos que nadie merecía. Veamos ahora el reverso de aquel cuadro triunfal. Todavía resonaban las últimas detonaciones y el emperador pasaba por delante del frente de sus tropas, cuando de pronto se vió que el soberano se apeaba de su caballo y se apoyaba pesadamente en el brazo del general Lebrun. «Me parece que Vuestra Majestad sufre, díjole éste.—Sufro de un modo horrible.—¿No sería mejor que Vuestra Majestad subiera á su coche?—No, prefiero andar un poco (1).»

Napoleón se había sentido atacado de una de aquellas crisis nefríticas que indicaban los progresos de la enfermedad á la que más tarde había de sucumbir. Silenciosamente y con aquel valor resignado y pasivo que era una de sus virtudes, el emperador siguió su camino, y mientras á su lado se redactaban los partes de la victoria, esperó que pasara el acceso, procurando dominar sus dolores lancinantes. Aquella imagen melancólica del soberano enfermo era el reflejo fiel de nuestro propio destino: la fortuna, que todavía nos saludara aquel día con una corta y pálida sonrisa, acababa de alejarse para siempre de nosotros.

VII

El día 31 de julio el rey Guillermo salió de Berlín, y en el momento de despedirse de su pueblo, no podía substraerse á la turbación que es inseparable de las grandes resoluciones. «Estos últimos días, decía á su secretario Abeken, han sido de muchas dificultades é inquietudes (2).» Sus consejeros, en cambio, se mostraban muy confiados: el general Roon se felicitaba del éxito de la movilización y escribía: «Nunca ha visto Alemania un ejército más hermoso y que permita con-

(1) General Lebrun, *Souvenirs militaires*, pág. 223.

(2) Enrique Abeken, *Ein schlichtes Leben in bewegter Zeit*, página 379.

cebir mayores esperanzas (1);» y Bismarck creía que el emperador estaba ya arrepentido de su brusca determinación y acechaba la primera coyuntura para firmar la paz. Del extranjero llegaban pronósticos de victoria: «Dentro de dos meses, decía el príncipe Carlos de Rumanía, Napoleón será vencido y su poder quedará abolido (2).» Pero el más seguro de todos era Moltke.

Cada uno de sus cálculos, que incesantemente rehacía, confirmaba su seguridad. Acercábase el día en que la ofensiva francesa, temible en un principio, se quebrantaría por todos lados: en la extrema derecha, Steinmetz opondría fuerzas dobles á los 27.000 hombres de Ladmirault; en el centro, el príncipe Federico-Carlos dispondría de 194.000 hombres para luchar contra los cuerpos de Bazaine, de Frossard, de Faily y de Bourbaki, que, aun añadiéndoles la reserva organizada á las órdenes de Canrobert, no habían de exceder de 140.000 hombres; y á la izquierda el príncipe real podría presentar cerca de 130.000 hombres contra los 44.000 hombres de Mac-Mahón. Y aun en estas cifras no entraban los aumentos futuros que habían de mantener y aun de acentuar la superioridad numérica de Alemania (3).

En estas condiciones de segura confianza se terminaba la concentración, y una vez realizada ésta, lo que se calculaba que sucedería en 3 de agosto, comenzarían las operaciones. El III.º ejército, al mando del príncipe real, era el más próximo á la frontera, estaba distribuido entre Landau, Gemersheim y Espira, y á excepción de los contingentes wurtembergueses y badenses, tenía todas sus divisiones concentradas en la orilla izquierda del Rin. A juzgar por los informes, este ejército sería el que se encontraría enfrente de fuerzas menos considerables, y según el plan general, había de ser el llamado á asestar los primeros golpes, pasando para ello el Lauter, diseminándose por la Baja Alsacia, atacando al ejército de Mac-Mahón y aislándolo del resto del ejército del Rin. Después, el I.º ejército, concentrado en el valle del Mosela, y el II.º, que se habría quedado algo atrás, se acercarían al Sarre, penetrarían en Lorena y rechazarían el grueso de las fuerzas francesas.

El día 2 de agosto el rey hizo su entrada en Maguncia, en donde se estableció provisionalmente el gran cuartel general. En aquella ciudad se tuvo noticia del pequeño encuentro de Sarrebruck, que no impresionó poco ni mucho á Moltke, preocupado como se hallaba por más trascendentales planes. El día 3 de agosto escribía el mariscal al comandante del VIII.º cuerpo: «La posición de Sarrebruck no tiene, en estos momentos, ninguna importancia para nosotros (4);» y en aquella operación tan limitada, tan tímidamente circunscrita, veía un motivo más bien de alegría que de temor. Con una mezcla de sorpresa y de seguridad veía que la estación de San Juan no había sido ocupada: «A lo que parece, añadía, el enemigo se propone mantener la de-

(1) *Denkwürdigkeiten des Kriegsministers Grafen von Roon*, tomo III, pág. 170.

(2) *Aus dem Leben König Karls von Rumänien*, tomo II, pág. 103.

(3) Véase *Correspondance militaire du maréchal de Moltke*, tomo I, págs. 220-221.

(4) Véase *Correspondance militaire du maréchal de Moltke*, tomo I, pág. 239.

fensiva en una fuerte posición detrás del Sarre, con todas sus fuerzas disponibles (5).» Y cuanto más circunspectos se mostraran los franceses, tanto más procuraría él ser audaz.

Tan atrevido era que llegó á asustar al príncipe real. El 30 de julio, por la noche, le había teleografiado en éstos términos: «Su Majestad considera ventajoso que el III.º ejército, en cuanto se hayan unido á él las divisiones badenses y wurtemberguesas, avance hacia el Sur por la orilla izquierda del Rin, á fin de buscar al enemigo y atacarlo.» Y añadía: «Esta será la manera más eficaz de proteger á la Alemania del Sur.» Esta premura había parecido un tanto excesiva, pues el III.º ejército no disponía aún de todos sus elementos, faltándole 12 batallones, 16 escuadrones, 30 baterías de artillería y una gran parte del tren. Esto no obstante, Moltke había insistido: «¿Cuándo se calcula que estará dispuesto el III.º ejército?» telegrafiaba en 31 de julio. «Estará dispuesto el 3 de agosto,» le contestó Blumenthal, jefe de Estado mayor del príncipe real. Moltke, no satisfecho con esta respuesta, envió á Espira á uno de sus oficiales, el teniente coronel Verdy du Vernois, para asegurarse de que no sobrevendría ningún retardo. El príncipe habría preferido aplazar toda operación hasta que hubiesen llegado los últimos destacamentos; pero la voluntad tenaz que todo lo presidía triunfó de las dudas y de los obstáculos, y el 3 de agosto el comandante en jefe del III.º ejército publicó una orden del día concebida en los siguientes términos: «Mi intención es llevar mañana por la mañana al ejército hasta el Lauter y pasar este río, á cual efecto se atravesará el Bienwald por cuatro distintos caminos. El enemigo habrá de ser rechazado dondequiera que se le encuentre.» Las disposiciones que á esto seguían tenían por objeto determinar la dirección de las columnas. Las últimas horas de la tarde se dedicaron á asegurar en todos sus detalles la marcha del día siguiente; después, las tropas acamparon por última vez en tierra alemana. La aurora que iba á despuntar señalaría el primer día de la servidumbre de la Alsacia.

VIII

Mac-Mahón, amenazado por aquella gran tormenta, había de tener su principal apoyo en su valor, porque todo á la vez le faltaba, así las fuerzas que resultan de la organización ó del número, como las que encuentra en sí mismo el genio.

Recién llegado de Argelia, el 23 de julio habíase encargado de la dirección del 1.º cuerpo y además ejercía una autoridad suprema sobre el 7.º, de manera que todas las tropas reunidas en Alsacia dependían de su mando. A fines de julio el 1.º cuerpo estaba dotado de sus principales elementos, no así el 7.º, al que faltaban la 3.ª división (la división Dumont) y una brigada de caballería, y cuyas otras dos divisiones (la Liebert y la Conseil-Dumesnil) estaban recibiendo sus últimos destacamentos; esto sin contar con las innumerables deficiencias que ofrecía la organización material.

El día 1.º de agosto, el 1.º cuerpo contaba 41.816

(5) Véase *Correspondance militaire du maréchal de Moltke*, tomo I, pág. 244.